



**Leopoldo Alas (Clarín)**

## **El teatro en barbecho**

Sabido es que, en agricultura, el descanso de la tierra, el barbecho, es cosa ya muy desacreditada y que hoy se prefiere la rotación de cosechas, que se consigue con mucho abono, mucho trabajo, mucho celo.

En literatura tal vez pudiera suceder lo mismo en pueblos de mucha cultura, de interna y variada vida intelectual, de gran laboriosidad psicológica; pero en aquellos en que el ingenio nacional, a duras penas, con paso tardo, va trazando un surco, como el buey de que habla Iriarte, no hay más remedio que atenerse al sistema antiguo de labranza... estética y admitir el barbecho, como ya admitía, con alegre resignación, el Sr. Valera, hace muchos años.

Al excesivo esquilmo de la tierra, cuando esta no cuenta con medios de inmediata y abundante reparación, es preferible el descanso, el barbecho. Y, a juzgar por las señas, en barbecho va a quedar dentro de poco el teatro español, el serio, el de alto vuelo, el que dignamente puede representar la gloriosa tradición; que no tiene su abolengo, ciertamente, en sainetes y entremeses. Nadie más amigo que yo del género chico, cuando este es substancioso, espontáneo, ameno y decente; y así he visto con placer que un ilustre crítico, pocos días ha, le hiciera, con grandes elogios, la justicia que merece. Creo más; que en la actualidad, acaso lo más español, lo más original, fresco y divertido de nuestra escena lo producen los autores de sainetes recitados o cantados. Pero, aunque así sea, fuera exageración contraproducente el sostener que con sainetes, tonadillas y entremeses se conserva el fuego sagrado del arte dramático

castellano. Por mucha importancia que demos a los entremeses de Cervantes y a los sainetes de D. Ramón de la Cruz, hay que confesar que no alude nadie a eso, ni en España ni fuera, cuando en todo el mundo se habla del glorioso teatro español.

Hecha esta salvedad, bien puedo repetir que el teatro castellano nos amenaza con ir quedando en barbecho.

¿Es que está la tierra cansada de dar flores, como dijo el poeta? No. Es que esos mismos que no quieren novedades, están cansados de no ver nada nuevo. Es que los autores repugnan, confiésenlo o no, presentarse al público como candidatos a la diputación, con la necesidad de ganar amigos, tener contenta a la crítica chica (que no vale lo que el género chico del teatro), halagar el gusto y las preocupaciones del vulgo y luchar con la empresa del teatro en que se estrena, y con las empresas de los demás teatros, con los cómicos de casa y los cómicos de fuera.

La cuestión de los estrenos ha tomado un carácter aleatorio, que convierte al autor en un aficionado de los juegos de azar, y los que más temen al público y más le siguen el humor son los que, en el fondo, peor opinión tienen de su juicio y de su penetración; por lo cual, llegan a un estreno como un recluta a un sorteo, hasta con las supersticiones de los que viven fiados de la suerte. Hay quien espera un buen éxito, una vez sí y otra no; algunos se resisten a estrenar en martes o en noche de lluvia. Y todo esto se explica cuando los más altos sólo piensan en el éxito y el éxito se reconoce que no depende de nada racional y estético, sino de instintos, golpes de la sangre, cábalas, intrigas, vicisitudes fortuitas y hasta buena o mala sombra.

Sucede aquí, aun entre personas serias y hasta ilustradas en esta materia, lo que no pasó nunca en ningún país de gran cultura literaria: que nadie se atreva a contradecir la sentencia del primer tribunal de un drama; y, aun reconociendo la injusticia del fallo, se atienen todos al resultado material; y el poco afortunado queda para todos, aunque tenga mérito, al mismo nivel del inexperto.

La crítica, que si para algo sirve es para guiar, para encauzar el gusto, para procurar los cambios necesarios en sentido racional y oportuno, aquí es la primera cortesana de S. M. el vulgo; y el dogma, falso como él solo, en que se funda esta flaqueza, esta cobardía, es este: que en literatura dramática no hay más ley que la de agradar al público, sea el que sea y opine lo que opine.

De este marasmo, que necesariamente tiene que nacer del quietismo estético que semejante principio origina, viene el hastío del público, que ve que siempre se le da lo mismo; hastío semejante al del déspota, que se cansa de ver siempre su voluntad cumplida servilmente. Los autores se quejan de lo difícil que se pone el público de día en día; no falta quien, con optimismo ridículo, ve en esto progresos del gusto general, de la cultura popular; siendo así que el público rechaza las obras, no porque tenga ya un ideal superior, sino porque la repetición mecánica de lo conocido y admitido le aburre.

Tenemos, aunque poquísimos, dramaturgos de mérito indudable, y no necesito yo hacer protestas de lo mucho que admiro a estos señores; pero valga la verdad, a los más buenos les perjudica en el arte de las tablas lo que

tiene de oficio la vida entre bastidores; son poco valientes, poco desinteresados.

Se cansan pronto de luchar y buscan componendas. Y Apolo les castiga con los propios dones del ingenio que les ha otorgado; porque cuando ellos quieren seguir el gusto del público, ser mediocres, adocenados, de brocha gorda, caen en el amaneramiento de la vulgaridad; y las verdaderas medianías, los autores del vulgo, les sacan ventaja, dan mejor en el clavo; son pedestres con más naturalidad.

Así ha podido verse repetido ejemplo de que hayan vencido ante la diosa Taquilla, literatos de ciento en boca, hábiles maquinistas, a verdaderos artistas, hombres de sentimiento y de ideales. Sea remordimiento, despecho por estas vergonzosas derrotas, cansancio de la vida de cortesano del rey pópulo, ello es que los autores se desalientan, y si por el pan nuestro de cada día siguen trabajando, es con creciente desmayo, poniendo escaso vigor, aun en ese híbrido empeño de hacer una especie de arte constitucional, que pretende unir la verdad poética con el efectismo y las tretas de la tramoya anticuada y falsa.

Y más vale que los buenos no den con la receta con que, hoy uno, mañana otro, aciertan los adocenados de tarde en tarde.

Entre los muchos triunfos falsos de nuestra escena contemporánea, los que más me han afligido han sido aquellos en que un buen autor vencía por cultivar los recursos de mala ley, por abdicar y ¡hasta imitar! a cualquier medianía.

Sí; por este lado, más vale el barbecho. Si los poetas buenos han de preferir en la escena vencer por transigir, a luchar siguiendo la ley de la propia inspiración, mejor es que se desanimen, que descansen, que dejen el teatro para barbecho.

También aparecen retraídos los que obtuvieron premios gordos en la lotería vieja, los hábiles de antaño, los efectistas de la redondilla de acero y tente tieso, los reformistas sociales en tres actos y en verso.

Están desorientados; ven que ya no seducen al público con anatemas en quintillas, con monólogos lacónicos y esculturales, con sátiras crudísimas de vicios que no existen en el país en que los suponen, con tesis filosóficas... sin filosofía, con problemas de pacotilla y atrevimientos meramente retóricos.

A los que vienen con esos resortes gastados se les rechaza. ¿Por qué? ¿Porque el público haya afinado la puntería?

No; porque ya se les aplaudió años y años; porque eso era lo vulgar, lo adocenado, lo corriente... hace tres lustros. Pasó la moda, y la moda es el sucedáneo de la ley estética en los dominios del instinto ciego y del mal gusto. Si los hábiles de ahora insisten mucho en sus crímenes célebres, en sus puñaladas por celos, en sus robos y asesinatos por fuerza de sangre, y otras matanzas por el estilo, ya se verá cómo también, y pronto, los morenos se cansan de tantas y tantas imitaciones en serio de La verbena de la Paloma.

Verdad es que, por ahora, todavía el público que lee en los entreactos la sección de crímenes sonados no quiere ideas, no quiere honduras, no quiere psicologías; quiere acción y sangre joven; es decir: un mozo crudo, protagonista, o una moza virago, que peguen puñaladas. Pero esto pasará;

tal vez ya va pasando, y el sistema se anticuará, como el de los quintilleros de tesis y paradojas.

Ya lo ven los explotadores del género, y, como sus dignos predecesores, se tientan la ropa, empiezan a retraerse. Es decir, barbecho y más barbecho. Y lo que es el de estas dos clases de arte (?)... muchos años dure.

Para concluir: ojalá sea un buen síntoma la escasez de promesas, la falta de anuncios ruidosos de estrenos y más estrenos.

Veremos si el silencio engendra algo.

Suele hacerlo; pues la reflexión, el estudio, la vida interior intensa son gente de pocas palabras.

En teatro cerrado no entran moscas.

Que callen los malos siempre es bueno; que callen los buenos puede ser lo mejor, si este silencio lo emplean en estudiarse a sí propios, en olvidar el positivismo de los bastidores y recordar las condiciones naturales del propio ingenio, las necesidades del tiempo nuevo, las eternas grandezas del ideal artístico.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

